SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

TIERRA POR MEDIO

ZARZUELA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO Y JOAQUÍN ABATI

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO ROMEA
el día 23 de Abril de 1901.



MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1901

9

a D. Salvador Cardenal.

J. Abati

TIERRA POR MEDIO

TIERRA POR MEDIO

ZARZUELA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO Y JOAQUÍN ABATI

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO ROMEA
el día 23 de Abril de 1901.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosario	Srta. Prado.
Doña Andrea	Sra. Guerra.
Una Camarera	Srta. Cohen.
Pepe	Sr. Chicote.
Atilano	» Nart.
Don Carlos	» Rodríguez.
Martín	» Alba.
Silverio	» Molinero.
Un Chico	» Macías.

La acción en un balneario.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

Jardín de un establecimiento balneario, cuya fachada está á la izquierda, con puerta y ventana practicables. Verja al foro. Sillas, veladores y bancos repartidos por la escena. En uno de los veladores varios periódicos y recado de escribir.

ESCENA I

Al levantarse el telón, ROSARIO, sentada en una mecedora al pie de la ventana, lee un periódico de modas. Á poco tiempo aparece del otro lado de la verja PEPE, que, cuando va á avanzar hacia el centro, ve á MARTÍN, que sale por la izquierda, y huye precipitadamente. MARTÍN, que saca una regadera, riega con mucha calma algunos tiestos y macizos, y desaparece lentamente por la derecha. En seguida vuelve á salir PEPE, que canta todo el número del otro lado de la verja.

Música.

PEPE. Rosarito seductora,
ven, que aguarda tu venida
el amante que te adora
como al ángel de su vida.
(Rosario se levanta y se acerca á él.)

ROSARIO. Tu venida, dueño mío,
da á mis ansias un consuelo,
porque sufro y desvarío
cuando no te envía el cielo.

PEPE. Mi amor es puro,
mi anhelo es santo.

ROSARIO. ¿De veras, Pepe,
me quieres tanto?

PEPE. Mi amor es fuego
devorador.

ROSARIO. Y á mí me quemas
con ese amor.

PEPE. Al saber que de mi lado
pretendían separarte,
he corrido y he volado
para verte y abrazarte.

ROSARIO. ¿Sólo por mi?

PEPE. Sólo por ti.

LOS DOS. ¡Qué grande es la dicha
de amar así!

ROSARIO. Nos persiguen y amenazan
los rigores de la suerte;
pero yo, mi bien, te juro
resistir hasta la muerte.

PEPE. ¿Sólo por mí?

ROSARIO. Sólo por ti.

LOS DOS. ¡Qué grande es la dicha
de amar así!

PEPE. Si el infierno se pusiera
á impedir el matrimonio,
al infierno bajaría
á luchar con el demonio.

ROSARIO. Mi cariño es indomable
y tan fuerte como tierno,
y también me atrevería
á luchar con el infierno.

PEPE. ¿Sólo por mi?

ROSARIO. Sólo por ti.

LOS DOS. ¡Qué grande es la dicha
de amarse así!

PEPE. Y si te impusieran
otro pretendiente,
me opondré á su paso

con tenacidad,
y, ó la plaza deja
voluntariamente,
ó juntos hacemos
una atrocidad.

ROSARIO. Aun cuando me impongan
otro pretendiente,
negaré mi mano
con resolución,
y si no desiste
voluntariamente,
tomaré más grave
determinación.

PEPE. ¿Sólo por mí?

ROSARIO. Sólo por ti.

LOS DOS. ¡Qué grande es la dicha
de amar así!

Hablado.

ROSARIO. Bueno; y á todo esto, ¿dónde te hospedas?

PEPE. Verás. Cuando supe que tu tiránica madre te traía á tomar las aguas de Fuente Enfermiza, dije: «Pues yo la sigo». Pero como no podía venir á este balneario, me marché al de Fuente Achacosa, que está á un kilómetro. Así podemos vernos diariamente sin que lo sepan.

ROSARIO. ¡Qué bueno eres!

PEPE. Lo malo es que para no despertar sospechas he tenido que pasar por enfermo, y no sabiendo qué decirle al médico, le dije que tenía cloro-anemia.

ROSARIO. Pero... será mentira.

PEPE. ¡Cloro!... digo... ¡claro! Él asegura que lo que tengo es inflamación de la mucosa respiratoria y además manifestaciones cutáneas.

ROSARIO. ¿Y es verdad?

PEPE. Ca, mujer. ¡Cosas de los médicos! Precisamente, si algo bueno me ha dado Dios, es la mucosa. Pero, que quieras que no, he tenido que tomar baños y beber las aguas, y como son clorurado-sódico-sulfurosas, me ha salido una

erupción que no me deja parar... ¡Hay ratos!... (Se rasca.) ¡Gracias á que pasa pronto!

ROSARIO. ¡Pobrecito! ¿Y qué piensas hacer?

PEPE. Por ahora... rascarme. Pero todo lo sufro con gusto siendo por ti.

ROSARIO. ¡Pues anda que yo!... ¡sufro de un modo! He perdido los colores y el apetito.

PEPE. ¿No comes?

ROSARIO. Ni pizca.

PEPE. Pues eso... ó es que padeces por mi amor, ó es que padeces del estómago. (Se rasca.)

ROSARIO. Tampoco duermo apenas, y ¡cosa extraña! al ir á levantarme es cuando me entra el sueño.

PEPE. Entonces no te acuestes hasta que vayas á levantarte y así dormirás.

ROSARIO. Tienes razón. Probaré. (Pepe se rasca, dándose golpecitos en el pecho.) Pero, hombre, no te des esos golpes. Parece que estás en misa.

PEPE. Es la comezón cutánea.

ROSARIO. Dí. ¿Me quieres?

PEPE. (Rascándose una pierna.) ¡Te adoro! ¡Te idolatro.

ROSARIO. ¿A mí sola?

PEPE. Solo á tí. A tí que has encendido este fuego que me devora (le coge una mano), á ti por quien arde mi pecho (se rasca el dorso de su mano), á ti que has sabido hacer de mi alma un volcán! en erupción. (Le rasca distraído la mano á Rosario.)

ROSARIO. ¡Pero, hombre... que me rascas la mano á mí!

PEPE. Es lo mismo. Tú y yo no formamos más que un solo ser. Tú eres una prolongación mía.

ROSARIO. Bueno, pero no te rasques en la prolongación. Ahora, Pepito, júrame que, suceda lo que suceda, no me abandonarás.

PEPE. ¿Abandonarte?... ¿Huir cuando tu felicidad está amenazada?... No me conoces... ¿Huir yo?... ¿Yo huír?...

ROSARIO. (Mirando á la derecha.) ¡Ay!... ¡Que vienen!... ¡que vienen!... ¡Corre!... (Pepe azorado trata de irse por la derecha, luego por la izquierda, y finalmente vasé corriendo por el foro.)

ESCENA II

ROSARIO. Dª ANDREA (por la derecha).

ANDREA. (Saliendo con una toalla rusa puesta en el cuello.) ¡Muy bien! ¡Requetebién! ¿Así se toman las inhalaciones, eh? ¿Jugando al escondite?

ROSARIO. (¡Qué vergüenza! Le debe haber visto.)

ANDREA. No... si yo no diré nada.

ROSARIO. Sabe usted... es... uno que ha entrado á preguntarme qué hora es.

ANDREA. Vamos, déjese usted de pamplinas. ¿Me voy á asustar porque hable usted con el novio? ¡Tonta! ¿No ve usted que yo también he tenido mis quince?

ROSARIO. ¿Quince novios?

ANDREA. Quince años, mujer. Los novios fueron más.

ROSARIO. Pues... ese muchacho... ¿Usted le ha visto la cara?

ANDREA. La cara, no. Cuando pasé hace un momento sólo vi dos piernas que corrían, ahora vi otras dos piernas que volaban, de modo que en realidad lo único que he visto de ese muchacho son cuatro piernas.

ROSARIO. Bueno, pues ese chico se llama Pepe y me quiere mucho. ¡Como que llevamos ya seis años de relaciones!... Uno de ellos bisiesto.

ANDREA. ¡Seis años! ¿Y todavía andan ustedes así? ¡Qué poca iniciativa!

ROSARIO. Es que... al mismo tiempo... tengo otro novio.

ANDREA. ¡Cuerno! Eso ya me parece demasiada iniciativa.

ROSARIO. No, si al otro me le impone mi mamá. Yo casi no le conozco. No nos hemos tratado desde que éramos chiquillos. ¡Y debe ser un tarugo! Mire usted qué carta me escribe hoy. (Saca una carta y se la entrega á Andrea.) A ver qué deduce usted de esa carta.

ANDREA. (Leyendo.) «Apreciable *corza*.»

ROSARIO. ¿Le parece á usted? ¡Llamarme *corza!*

ANDREA. Es un piropo con cuernos. Veamos. (Leyendo.) «Supongo habrás recibido mi grata *ulterior*. La cosecha *pipuda*»... ¡Bonito adjetivo! (Leyendo.) «Ahora estamos *toos dedicaos* á la cebada. En cuanto que pueda echar unos días *á perros*, me *embuto* en la diligencia y me *zampo* en esos baños *pa* verte y tratarte.»

ROSARIO. ¿Ve usted? ¡Se *embute!*... ¡Se *zampa!*

ANDREA. (Leyendo.) «Ya sé que no me *pues* tragar, pero yo soy muy *tozudo*, y por buenas ó por peores serás mi *costilla*. Conque prepara los trapos *pa* la iglesia, y hasta más ver.— *Atilano*.» Pues de esta carta deduzco dos cosas. Primera, que á Atilano le han quitado su porvenir con haber puesto la tracción eléctrica en los tranvías; segunda, que, aunque bruto, demuestra ser un carácter, y usted será su mujer. (Devuelve á Rosario la carta.)

ROSARIO. Eso jamás. Pepe y yo nos defenderemos.

ANDREA. No veo más que una solución.

ROSARIO. ¿Cuál?

ANDREA. El rapto.

ROSARIO. (Asustada.) ¡Jesús, María y José!

ANDREA. O José, sin Jesús ni María. No le dé usted vueltas. No hay otra salida. Yo misma utilicé ese recurso.

ROSARIO. ¿Usted?

ANDREA. ¡Vaya! Nos pescaron al otro día... En estos casos siempre pescan, ¡pero tarde! cuando los desperfectos no se remedian más que con subsiguiente matrimonio.

ROSARIO. ¿Y el escándalo?

ANDREA. Eso pasa pronto. Luego le dice usted al paleto: Estoy arrepentida de la escapatoria... Lléveme usted al altar cuando guste. ¡Verá usted cómo no gusta!

ROSARIO. Me aterra el pensamiento.

ANDREA. La falta de práctica. En cuanto se escape usted un par de veces...

ROSARIO. ¿Cómo?

ANDREA. No... quise decir... ¡Psst!... silencio. (Mirando á la derecha.) Que viene el doctor.

ESCENA III

DICHAS.—D. CARLOS (Por la derecha leyendo un periódico).

ANDREA. (Saludando.) Señor don Carlos.

CARLOS. (Idem.) Señora... Rosarito... ¿y la mamá?

ROSARIO. Rezando en la capilla, como siempre.

ANDREA. ¿Han llegado los periódicos?

CARLOS. Ahora mismo. Y apropósito. A ver si aciertan ustedes esta charada. Yo no caigo... (Entrega el periódico á Rosario y le indica una noticia.)

ROSARIO. (Leyendo.) «Ha desaparecido de su domicilio la hija menor de un distinguido bolsista, en compañía de cierto joven perteneciente á la más alta aristocracia. El nombre de la fugada corresponde á las iniciales B. T.»

CARLOS. Hombre, eso es natural. Una chica que se llama *vete*, tenía que acabar por marcharse.

ROSARIO. (Leyendo.) «El seductor se llama A. S.»

CARLOS. También es nombre adecuado para uno que roba. (Gritando.) ¡A ése!... ¡A ése!...

ANDREA. (A Rosario.) Vaya usted tomando nota.

CARLOS. Han hecho bien, ¡qué carape! Yo disculpo el rapto siempre que sea *premonitorium nupcias*. Si llego yo á ser hembra, me parece que no me escapo sin escaparme. ¿Por qué torcer las inclinaciones de los que se adoran? El rapto es á los amores contrariados, lo que el bicarbonato de sosa á la *pirosis*. Tomando el bicarbonato, cura de fijo. Tomando las de Villadiego, cura de fijo también. (Imitando la acción de bendecir.) ¿Y cómo van esas gargantas? (A Andrea.) A ver, saque usted la lengua. (Andrea le obedece.) ¡Hum!.. ¡Qué saburrosa!... No me gusta nada... ¿A ver usted, señorita? (Rosario obedece.) ¡Qué sonrosada!... ¡Qué chiquitita!... Esta me gusta más. Veamos el pulso. (Les toma el pulso á ambas simultáneamente.) Frecuencia... intermitencia... inconsistencia é indolencia.

ANDREA. ¡Lo que es la ciencia!

CARLOS. (A Rosario.) Usted desde mañana puede suprimir las pulverizaciones.

ROSARIO. Bien.

ANDREA. ¿Y yo?

CARLOS. De ningún modo. A usted es necesario pulverizarla sin piedad. Además, ahora mismo se va usted á hacer gárgaras, muchas gárgaras. Yo la acompaño. Voy también al salón de aparatos. Vaya, Rosarito, hasta luego. (Ofrece el brazo á Andrea y vanse ambos por el foro izquierda.)

ESCENA IV

ROSARIO, en seguida PEPE, luego MARTÍN.

ROSARIO. Pues señor... ¡si yo les hiciera caso!... ¡qué atrocidad!... Y eso que, mirándolo bien... y después de todo...

PEPE. (Por el foro izquierda, detrás de la verja.) ¡Pst!... ¡pts!... ¿Puedo acercarme?

ROSARIO. Sí. Y otra vez no huyas... Esa señora es amiga... Hiciste mal en correr.

PEPE. Tú has tenido la culpa.

ROSARIO. No señor, tú.

PEPE. Bueno. (Volviéndose de espalda á ella.) Pégame dos ó tres puñetazos.

ROSARIO. Hombre, ¡no es para tanto! ¡Ni que fuéramos ya marido y mujer!

PEPE Pero si es que ahora me pica la espalda y yo no llego.

ROSARIO. ¡Ah! (Le da golpecitos en la espalda.)

PEPE Así... bien... ya se me pasa. ¡Rascas como un ángel!

ROSARIO. Ahora lee eso. (Le da la carta.) El peligro se acerca y es preciso decidir lo que debemos hacer. ¿Qué te parece?

PEPE. (Que ha leído rápidamente la carta.) Que este bárbaro se *embute* aquí, y que yo en cuanto le vea *embutido*... me lo como.

ROSARIO. No te alborotes.

PEPE. ¿Quieres que te diga lo que debemos hacer? Bueno, pues debemos hacer algo que suene.

ROSARIO. Una guitarra.

PEPE. No te burles. Sólo veo dos caminos. América ó la muerte. El Nuevo Mundo, ó el otro mundo.

ROSARIO. (Remedándole.) O Alrededor del Mundo.

PEPE. Elige.

ROSARIO. ¿Qué quieres decir?

PEPE. Que la diligencia pasa por aquí á las diez.

ROSARIO. (Como agobiada por la idea y temerosa de ceder.) ¡Por Dios, Pepito... ¡Que eres el tercero que me lo aconseja! ¡Que no puedo más! (Pataleando.) ¡Que voy á decir que sí!... ¡Que me voy á escapar sin querer!...

PEPE. Los dos nos amamos... Yo no tengo carrera, porque me impidió estudiarla el sarampión, pero poseo una modesta fortuna (altivo) ganada ¡lo digo con orgullo! céntimo á céntimo y á costa de grandes privaciones.

ROSARIO. Eso te honra.

PEPE. No. Si los que la han ganado son mis padres. Nada te faltará. Decídete.

ROSARIO. No, jamás... ¡eso nunca!... ¿Por quién me tomas?... ¡Sería un crimen! (Transición.) ¿Y á qué hora dices que pasa el coche?

PEPE. A las diez. ¿No quieres seguirme? ¿Prefieres morir? ¡Pues muramos juntos! Yo tengo un frasquito que contiene bencina envenenada. Lo hueles, te duermes, y cuando te despiertas... ¡has subido al cielo!

ROSARIO. Déjame... ¡calla!...

PEPE. No... te salvaré á toda costa... emplearé la fuerza... te raptaré á regañadientes. Voy á prepararlo todo.

ROSARIO. ¡Pepe! (Tratando de sujetarle.)

PEPE. No me detengas. Es inútil (Trágico.) Soy una ola avasalladora que lo arrolla todo. ¡Paso á la ola! (Va á salir por el foro á tiempo que entra Martín.)

MARTÍN. (Con malicia.) ¡Hola, hola, hola!

PEPE. (Retrocediendo asustado. A Rosario.) (¡El jardinero!... ¡Nos venderá!)

ROSARIO. (Trata de comprarle. Quizá nos proteja.)
PEPE. (Tienes razón. Lo intentaré.)

Música.

MARTÍN. Muy buenos días
tengan ustés.
PEPE. Se le saluda
con interés.
MARTÍN. Ya le conozco.
PEPE. Me ha visto allí.
MARTÍN. Venir de ojeo.
PEPE. ¡Claro que sí!
ROSARIO. (Este no se va á atrever.
Me tendré que retirar.
Mientras yo les pueda oir
no se acaban de explicar. (Se aparta al segundo término.)
MARTÍN. Norabuena, señorito.
La señora es de primera.
PEPE. No es mi esposa todavía,
pero igual que si lo fuera.
Y por eso me permito
suplicarle á usté un favor.
que en la casa necesito
quien proteja nuestro amor.
MARTÍN. Hago el favor
y cuenten ustedes
con un servidor.
En cuestiones de mujeres,
si son duras de pelar,
ya se sabe que los hombres
nos debemos ayudar.
Desde ahora ya me tienen
siempre á su disposición,
porque soy en los amores
jardinero de afición.
ROSARIO Y PEPE. ¡Qué ocasión!
MARTÍN. Para ver maduro el fruto,
lo primero hay que saber
manejar la podadera
en el árbol del querer,
y según algunos dicen,

en el tiesto del amor
hace falta mucho riego
hasta ver salir la flor.

ROSARIO Y PEPE. ¡Qué hablador!

MARTÍN. Llena de agua olorosa
la regadera,
se dirige á la rosa
que más se quiera,
y poniendo en los chorros
el corazón,
se suelta con la fuerza
de una explosión.

PEPE. ¡Qué admiración!

ROSARIO. ¡Qué admiración!

LOS DOS. Este hombre es un prodigio
de ilustración.

MARTÍN. ¡Chitón, chitón!
que no se enteren de esta
conversación.

PEPE. ¡Chitón!

ROSARIO. ¡Chitón!

TODOS. ¡Chitón, chitón!
que no se enteren de esta
conversación.

(Al final del número, Pepe le da dinero á Martín.)

Hablado.

MARTÍN. Na. Que yo soy el *afiliao* que *ustés nesecitan*, y que *ustés* cuenten conmigo *pa séase* lo que *séase*, y que si me mandan que ruede *rodo*.

PEPE. ¡Dios se lo pague, noble agricultor!

MARTÍN. ¡Qué noble ni qué berzas! Cabalmente mi *debilidá* son los amorios con belén. En cuanto veo dos *enamoraos* de contrabando me debilito en seguida.

PEPE. Tendrá usted tierno el corazón.

MARTÍN. Más tierno que un higo. Conque *¡jopo! cuantiantes* mejor. Aquí cerquita tiene un amigo un coche de colleras. Le aviso y salen *ustés* zumbando.

ROSARIO. ¡No! ¡Que no!

PEPE. Sí, sí. Tome usted. (Le da más dinero.) Esto para el coche. Esto para usted.

MARTÍN. (Tomándolo.) ¿*Quié* usté callar? Si yo lo hago por afición. Son con esta cinco mujeres las que ayudo á robar, y mire usté, tengo la *concencia* tranquila de no haberlas hecho *desgraciás*, porque ninguna llegó á casarse. ¡Conque, al avío!

ROSARIO. Pero... aguarden ustedes que lo piense.

MARTÍN. Lo piensa usté por el camino, y si no le gusta se vuelve. (Vase por el foro.)

ESCENA V

ROSARIO, PEPE. Luego ATILANO.

ROSARIO. ¡Justo!... ¡Se vuelve usted!... No, pues te raptas tú solo. A mí me da mucho miedo. Unicamente consentiría en fugarme si viniera mamá con nosotros. (Aparece Atilano por el foro con una maleta y un bastón gordo y nudoso.)

PEPE. Es que entonces no me fugaba yo. Pero, mujer, considera que puede llegar ese bruto de Atilano. (Atilano sonríe.) ¿No has visto que casi todos los novios toman *soleta* para que los casen?

ATILANO. (Por las señas debe ser Rosario.)

PEPE. Quince días de embriaguez amorosa, solos con nuestro amor, libres como el ave...

ATILANO. (Acercándose.) Ave María.

LOS DOS. ¡Ay! (Se retiran asustados á un extremo de la escena.)

ROSARIO. (¡Un hombre!)

PEPE. (Algún viajero.) (Saludando á Atilano.) Ave... (¡Ha ve... nido en buena ocasión!)

ROSARIO. (¿Nos habrá oído?)

PEPE. (No sé.)

ATILANO. (Empecemos á usar de la estratagema.) Amigos... ¿saben si es ésta la fonda del Aguila?

PEPE. Sí, señor.

ATILANO. Dígamelo usté con la cabeza, porque si no (indicando el oído) me quedo á oscuras.

PEPE. ¡Ah!... Es sordo. (Afirmando con la cabeza.) ¡Que sí! (Haciendo ademán de comer.) Fonda. (Ademán de volar con los brazos é indicando el edificio.) Aguila.

ATILANO. Ya... ya entiendo... Que se come bien, ¿eh?... ¿Y que hay gimnasio?...

PEPE. ¡Arrea!

ATILANO. (Fingiendo fijarse de pronto en Rosario.) ¡Calla!... ¡Si ésta es la Rosario!

ROSARIO. ¿Cómo?

ATILANO. Vamos, mujer, arrímate. Yo soy tu Atilano... ¿No te acuerdas?

PEPE. ¡Cataplum!

ROSARIO. ¡Dios mío!... Sí... es él.

PEPE. ¡Vaya un salvaje!

ATILANO. *Pa* mí que estás *encaprichá* por darme un abrazo, ¿eh?... Pues ¡duro!... Un día es un día. (Va á abrazarla. Pepe se interpone y recibe el abrazo. Rosario huye al otro extremo.) ¡Quite usted, hombre! Le empuja á Pepe.) ¡Ah!... ¿Te cortas porque hay un sietemesino presente? Bueno, no corre prisa. ¡Me has de dar *muchedumbre* más *alante!* (Pausa.) ¿Han visto *ustés* qué calor?

ROSARIO. (Abanicándose con las manos y soplando como sofocada.) ¡Pfff!...

ATILANO. ¿Qué?

LOS DOS. (Acercándose cada uno por un lado y soplándole fuerte en la cara.) Que ¡pfff!

ATILANO. Gracias, se van ustés á cansar si *quien* refrescarme á soplos. (A Rosario.) Se me olvidó decirte que me he *quedao* así de las viruelas, ¿sabes?... Un poco teniente.

PEPE. ¡Pues si llega á ascender este teniente, hay que hablarle con obús!

ROSARIO. Mejor. Así podemos entendernos delante de él.

PEPE. Bueno. Ya has visto el *sportsmen* que te prepara tu madre. Por última vez, te decides?

ROSARIO. ¡Dios mío!

PEPE. ¡Habla!

ROSARIO. (Después de mirar á Atilano y como haciendo un esfuerzo.) Sí.

PEPE. ¡Bendita seas!

ROSARIO. (Á Pepe.) Busca en seguida á ese hombre, prepara el carruaje, y nos marchamos á China, ó al Congo, donde yo no vea á este zángano.

PEPE. Corro con ímpetu. Nada me detendrá. Soy una ola que... ¡ah! ya lo dije antes. Adiós, reina mía. (A Atilano.) ¡Adiós, abejorro!

ATILANO. Abur. (Vase Pepe por el foro.)

ESCENA VI

ROSARIO, ATILANO.

ATILANO. Te habrá *chocao* mi carta, ¿verdad? Pues la he traído yo mismo *pa* darte una sorpresa. ¿No te ha *gustao?*

ROSARIO. No.

ATILANO. ¿Porque te digo que quieras que no quieras serás mi mujer? ¡Pero si es más verdad que el gallo!

ROSARIO. ¡Estás fresco!

ATILANO. Tengo la *seguridá* de que en cuanto que me trates diez *ú* doce años te *encalabrinas* por mí como una tórtola *azucará.*

ROSARIO. ¡Límpiate! ¡Ya hablaremos!

ATILANO. ¿Qué hemos de hablar? Si es cosa hecha. Desde que eras un microbio así (Indicando con la mano poca estatura), dije yo, esa mocosa, en cuanto pegue un estirón, es *pa* el *infrascrito.*

ROSARIO. No cabe más ordinariez.

ATILANO. Si tienes novio y me eres *infiela*, tampoco importa. (Mostrando el bastón.) A él le *telefoneo* con este aparato.

ROSARIO. Pues le telefonea con un árbol. ¡Qué bastoncito!

ATILANO. Y luego se le presto á tu madre en *usufruto.*

ROSARIO. ¡Jesús, qué acémila!

ESCENA VII

DICHOS. MARTÍN por el foro.

MARTÍN. ¡Señorita!...
ROSARIO. ¿Qué pasa?
MARTÍN. (Mirando con desconfianza á Atilano.) Tengo que hablar con usté... de eso... (Castañeteando los dedos como indicando la acción de irse) de eso de *largarse*.
ROSARIO. Hable usted sin cuidado.
MARTÍN. (Mirando á Atilano.) Pero...
ROSARIO. No importa. Es sordo como una tapia.
MARTÍN. Bueno, pues mi amigo Silverio, el del coche, dice que sí, que por ser *ustés* les robará á los dos en ocho duros y medio. Ahí fuera está esperando con el señorito.
ROSARIO. Si se marchara este bobo...
ATILANO. Vaya. Me marcho á dejar la maleta y á saludar á tu madre. (Coge la maleta y vase por la fonda).
ROSARIO. ¡Es insoportable! ¿Quién aguanta un marido así? (Á Martín.) Diga usted á esos que se acerquen.
MARTÍN. (Llamando al foro.) ¡Chst!... ¡Señorito!... ¡Vengan ustedes!

ESCENA VIII

DICHOS. PEPE Y SILVERIO por el foro.

Música.

PEPE.
Todo está listo,
Rosario mía.
Dios me perdone
la picardía;
pero deseo
tu decisión,

porque ha de darnos
la solución.
SILVERIO. ¿Marcharemos en seguida?
MARTÍN. Ya lo creo.
SILVERIO. Pues mejor.
MARTÍN. Van á dar un gran paseo
la señora y el señor.
Tú á los caballos
vas á arrear
pa que no dejen
de galopar.
ROSARIO. Nos marchamos, sí, señor;
nos marchamos á viajar,
y hace usted un gran favor
que no puede calcular,
á nuestro amor.
Somos novios, ¿sabe usté?
Yo le adoro y él á mí,
y con el me casaré
en marchándonos de aquí.
PEPE. ¿Sí?
ROSARIO. Sí
SILVERIO. ¿Si?
MARTÍN. Sí.
SILVERIO. ¿Marcharemos en seguida
MARTÍN. Ya lo creo.
SILVERIO. Pues mejor.
MARTÍN. Van á dar un gran paseo
la señora y el señor.
Si se arrepienten,
que puede ser,
tú haces oídos
de mercader.
Y ya sabes que al guiar
se hace siempre mal pape
y si hay algo que mirar,
el cochero no lo ve,
por que no tiene por qu
SILVERIO. Ya lo sé.
MARTÍN. Esto es bueno para ti,
porque sí;
y te lo aconsejo yo.
SILVERIO. ¡No que no!

MARTÍN. Y te digo lo que sé.
MART. Y SILV. Ya se ve.
SILVERIO. Ya no voy perdiendo *na.*
La señora es superior,
y el muchacho pagará
por hacerle este favor.
MARTÍN. Tú lleva el coche
con precaución,
para no darles
un revolcón;
y mira mucho
por dónde vas;
pero no vuelvas
la vista atrás.
ROS. Y PEP. Con la fuga aseguramos
el placer de nuestra vida;
si nos cogen, de seguro
que nos casan en seguida.
Cuide usté de que en el viaje
nada vaya á suceder,
porque tiene una importancia
que no puede comprender.
MAR. Y SIL. Cuando menos lo esperaba
un negocio se presenta,
porque á mí de todos modos
no me sale mal la cuenta.
No me importa casi nada
lo que puede suceder;
en el mundo siempre quedan
cosas nuevas que aprender.

Hablado.

MARTÍN. ¿Conque quedamos?...

PEPE. En que yo me voy con el cochero, me subo al coche, y aguardo allí enfrente. (Indicando á la segunda derecha.) A la entrada del pinar. Desde aquí puedes verme. Tú recoges tus cosas, sales por la huerta... y ¡la del humo! (Medio mutis.)

ROSARIO. Oye.

PEPE. (Volviendo impaciente.) No perdamos tiempo.

ROSARIO. Es que si acaso no puedo te avisaré por escrito.

PEPE. Bueno, vamos (Vanse los tres por el foro.)

ESCENA IX

ROSARIO, luego una CAMARERA.

ROSARIO. Me podrían ahorcar con un hilo. ¡Qué disgusto va á tener mamá cuando lo sepa! Pero entre ser devorada por ese ogro de Atilano ó por Pepe, prefiero que me devore Pepe. Ahora es preciso entretener al paleto para que no estorbe. (Se sienta ante el velador y prepara el recado de escribir.) Le cito aquí y que aguarde sentado. (Escribiendo.) «Necesito hablar á solas contigo. Ocurren cosas graves. Te espero en el jardín.—Rosario.» (Llamando á la derecha.) ¡Felisa! (Cierra la carta.) ¡Ya verá ese majadero quién soy yo! ¡Felisa!

CAMAR. (Saliendo por el hotel.) Señorita.

ROSARIO. ¿No has visto entrar un viajero de aspecto silvestre?

CAMAR. ¿Uno que es sordo?

ROSARIO. El mismo. Dentro de diez minutos le entregas esta carta.

CAMAR. Está bien. (Vase por el hotel.)

ESCENA X

ROSARIO. D.ª ANDREA por el hotel.

ANDREA. ¿Cartitas, eh? ¿Cartitas?

ROSARIO. Sí, señora. Me he decidido. Acaba de llegar el monstruo.

ANDREA. ¿Qué monstruo?

ROSARIO. Atilano.

ANDREA. ¡Ah!... ¿Y qué tal es?

ROSARIO. ¡Es indescriptible! Estoy desesperada.

ANDREA. ¿Por qué no ensaya usted la persuasión? Yo

le llamaría y le diría: «Oiga usted, Atilano».

ROSARIO. Es inútil, no la oye á usted.

ANDREA. ¿Quién sabe? Hablándole al alma....

ROSARIO. No la oye á usted porque es más sordo que un cerrojo.

ANDREA. Acabáramos.

ROSARIO. Doña Andrea, me va usted á hacer un favor. Le he escrito citándole aquí. Dentro de un rato vendrá y quiero que usted le entretenga con cualquier pretexto... por ejemplo... le cuenta usted la historia de Felipe II el *Emplazado*.

ANDREA. ¡Faltaba que la supiera yo!

ROSARIO. Pues... le enseña usted los baños... ó la noria... en fin, usted verá.

ANDREA. ¡Caramba! ¡Me voy á divertir dando conversación á un sordo! Y á todo esto, ¿para qué? ¿Qué piensa usted hacer?

ROSARIO. Venga usted adentro conmigo y lo sabrá. No puedo perder tiempo.

ANDREA. ¡Qué juventud! Así era yo cuando tenía mis quince. (Vanse por el hotel.)

ESCENA XI

MARTÍN y SILVERIO, ambos por el foro.

MARTÍN. Señorita... señorita... Se marchó...

SILVERIO. El señorito ya está en el coche.

MARTÍN. Bueno. Pues voy á darte algunas *istruciones respetive* á tus deberes de *concencia pa* con los *prófugos*. Fíjate bien.

Música.

MARTÍN.

Ya que por tu fortuna
te toca ahora
contribuir al robo
de una señora,
yo tengo que decirte
lo que has de hacer

pa que queden satisfechos
el galán y la mujer.

SILVERIO. Vamos á ver.

MARTÍN. Unas veces vas corriendo
y otras veces vas trotando
por la carretera alante
hasta que ellos digan cuándo
van sintiendo del mareo
la impresión particular,
porque con el traqueteo
se tendrán que marear.
Y cuando en el camino
llegue la noche
y no se vea gota
dentro del coche,
cierras las ventanillas
por el relente,
y les dejas que duerman
tranquilamente.
Te embozas en la manta

SILVERIO. Sí que lo haré.

MARTÍN. Te duermes.

SILVERIO. ¿Y la cena?

Dios nos la dé.

—

MARTÍN. El que alquila á dos novios
la diligencia,
ya se sabe que tiene
mucha paciencia.
Quietecito en el pescante
pasarás horas enteras,
y verás cómo se arrullan
al compás de las colleras.
La doncella enamorada
¡cuántas cosas le dirá!
Con chasquidos por aquí
y trallidos por allá,
y cuando él la llama
¡rico serafín!
hacen las esquilas
¡trin, tilín, tilin!
Y allá va tu carricoche
más de prisa que el vapor;

allá va, llevando dentro
pajaritos del amor,
levantando un torbellino
por los campos al pasar
y en los baches del camino
dando tumbos sin cesar.

SILVERIO. Y correr.
MARTÍN. Y trotar.
SILVERIO. Y moler.
MARTÍN. Y jurar.
LOS DOS. En los baches del camino
dando tumbos sin cesar.

—

MARTÍN. Y si no os atrapa
la Guardia civil,
llegáis á la vía
del ferrocarril.
Entran ellos al andén,
llega el tren á la estación,
La pareja toma el tren
y se mete en un vagón.
En seguida oirás silbar,
y después el tro-co-trón;
triqui-traca, triqui-trán,
y una cosa que hace fo,
fu, fo, fu, fo.
Debajo de tierra
se mete después,
y allá van los dos
y ya no los ves;
un ruido infernal,
ensordecedor,
y los novios con el miedo
de que vaya el revisor.
En el tren están seguros
los que logran escapar,
que aunque corran los demonios
no los pueden alcanzar.
Todo suena, todo cruje,
todo zumba en derredor,
las cadenas, el silbato,
la madera y el vapor.
¡Qué trajín! ¡Qué calor!

SILVERIO. Triqui-trán.
MARTÍN. Triqui-trón.
SILVERIO. Triqui-trán.
MARTÍN. Triqui trón.
LOS DOS. Pero aquí se pone un parte
denunciando la evasión,
y el telégrafo los caza
al llegar á una estación. (Vanse imitando el ruido del tren.)

ESCENA XII

ATILANO, la CAMARERA por el hotel.

ATILANO. (Con una carta en la mano.) Está bien. (Abre la carta y lee rápidamente.) (¡Hola! ¡hola! ¿Conque me citas aquí? ¡Ya estás tú buena pájara!) (Mirando hacia la derecha.) (Y el coche aguardando, de fijo... Justo, en el pinar. Ojo, Atilano, que si te duermes se te escapa.) Pero oye, chica, ¿estás segura de que esta carta es para mí?

CAMAR. (Gritando.) ¡Claro!... Me han dicho que para un señor si vestre y sordo.

ATILANO. Por fuerza anda esa señorita *desmejorá* de la *sesera*. Según lo que dice aquí dentro, debe ser *pa* un pollo que está esperando en aquel coche.

CAMAR. ¡Caracoles! ¿Si se habrá equivocado?... Gracias á que el sordo es medio memo.

ATILANO. Lévasela, mujer. Corre, que es urgente.

CAMAR. Voy. (Vase corriendo por el segundo término derecha.

ESCENA XIII

ATILANO solo.

No estaba mal dispuesta la broma. Se fugan, pasan dos ó tres días de natural esparcimiento, los cogen, y luego me dice á mí ella:

«Cuando quieras mi mano, está á tu disposición». Y yo tengo que decirla: «Gracias, de salud te sirva». (Mira á la derecha.) ¡Hola!... Ya llegó... El jilguero sale de la jaula... ¡Qué gestos hace! ¡Claro! No esperaba este contratiempo. Vienen hacia acá. Ahora busquemos á la codorniz. ¿Creíais que era tan fácil quitarme la novia? Pues vamos á verlo. (Vase por el hotel.)

ESCENA XIV

PEPE, la CAMARERA, luego ANDREA.

PEPE. (Por la segunda derecha, seguido de la Camarera.) ¿Dónde está?

CAMAR. Me parece que en su habitación.

PEPE. Pues corre, llámala. (Vase la Camarera por el hotel.) ¿Qué habrá ocurrido? ¿A que se me escapa la felicidad de escaparme con el ser que adoro? ¿A que nos han descubierto? ¡Ay, qué mal rato he pasado esperando en el coche! Entre la ansiedad y otro ataque de picor que me dió... ¡Ah!... ¡Ya viene!... ¡Concho!... No es ella... (Sale Andrea por el hotel.) Una señora... Alguna huéspeda de la fonda... ¡Mecachis!... Yo no contaba con la huéspeda... Daré un paseo disimulando, á ver si se marcha. (Pasea impaciente por la escena hasta que el diálogo indique parada.)

ANDREA. (Pues señor, me encargan á mí unas comisioncitas ¡que ya ya! y me obligan á hacer unos papeles ¡que ya ya!)

PEPE. (Pues señor, esta individua me está haciendo una gracia ¡que ya ya! Parece que no tiene prisa.)

ANDREA. (Por lo visto, tiene mucha prisa.)

PEPE. (¡Cómo me mira!)

ANDREA. (¡Vaya un novio que querían encajarla!... Y el caso es que vestir... no viste mal... ¡Anda, anda!... ¡Su cuello de pajarita y su corbata!...

Lo malo es el defecto ese de no oir apenas. (Pequeña pausa.) Y el de tener azogue, por lo visto. (Pepe se da golpecitos en el pecho.) ¿Qué hace?... ¡Juraría que está rezando el «Yo pecador!»... ¡Y corre que te corre!... No sé cómo le voy á entretener si sigue trotando así! (Pausa.) Bueno. Estaremos quietecitos, á ver si se cansa y echa el freno.) (Se sienta en una mecedora junto al velador.)

PEPE. (¡Atiza!... ¡Y se sienta!... Voy á tener que dirigirla una interpelación.) (Se para.)

ANDREA. (Vamos, ya se le acabó la fuerza motriz.)

PEPE. Señora... usted será bañista, ¿eh? (Andrea afirma con la cabeza.) Vivirá usted en el establecimiento, ¿eh? (Igual juego de Andrea.) Y conocerá á usted á una joven que se llama Rosario López, ¿eh? (Id. íd.) ¿Sabe usted por casualidad dónde está ahora? (Andrea indica por señas que no lo sabe de fijo, pero que supone estará cosiendo ó leyendo.) (¡Caramba! Es muda, pero no es sorda, y eso es lo importante.)

ANDREA. (¡Demontre! El será sordo, pero no es mudo. ¡Lo que pregunta!) (Le hace señas de que se siente á su lado.)

PEPE. (¿Que me siente?... Hombre... va á ser algo pesadita la broma.. y el cochero se va á impacientar... ¡En fin!... ¡Más pasó Cristo!) (Se sienta junto á Andrea.)

ANDREA. (Mirándole con atención.) (Pues efectivamente, la cara indica estupidez rural. Hasta me parece que huele á tomillo.) (Olfateando).

PEPE. (¡Qué vieja tan ridícula!... ¡Anda, y me huele!... ¡Ah! ¡Ya caigo!... El alcanfor que puse entre la ropa, contra la polilla... Vaya, aunque conteste por señas, es preciso hablarla.) Bueno. ¿Y usted sabe por qué no baja Rosario?

ANDREA. (Tengo que responderle aunque sufra la laringe.) (Gritando.) ¡Sí, señor!

PEPE. (¡Calla!... ¡Pues no es muda)!

ANDREA. (Gritando.) Le voy á hablar á usted confidencialmente y en secreto.

PEPE. Pues así se van á enterar en Barcelona... No chille usted.

ANDREA. (Gritando.) No baja porque está llorando en su cuarto.

PEPE. ¿Y por qué está llorando?

ANDREA. (Gritando.) Por causa de usted.

PEPE. Pero, señora, no me dé usted esos chillidos, que parece usted un cornetín de órdenes sublevado.

ANDREA. (¡Pobrecillo! La de todos los sordos... no se da cuenta de su desgracia y cree que oye como un lince.)

PEPE. (Puede que también sea algo sorda y por eso chille.) (Alzando bastante la voz, pero sin gritar tanto como Andrea). Conque diga usted, ¿por qué llora?

ANDREA. (Gritando.) Creo que está muy incomodada con usted. (Aparece D. Carlos por el foro y escucha lo que sigue).

PEPE. ¡Dale! ¿Conmigo?

ANDREA. (Gritando.) Sí, señor, y es fácil que no la vuelva usted á ver más. (Trágate esa píldora.)

PEPE. (Levantándose.) ¡Cómo!... Usted se burla... ¿No verla más?... Ahora mismo voy... (Ve á D. Carlos.) (¿Eh?... Un hombre... ¿Quién será éste? (Se separa un poco.)

ANDREA. (¡Calla!... Don Carlos... Ahora sí que le entretengo).

ESCENA XV

DICHOS. DON CARLOS.

CARLOS. (Á Andrea.) ¿Quién es?

ANDREA. (A Carlos.) Un bañista que acaba de llegar. Por cierto que me ha dicho que deseaba ver al médico.

CARLOS. ¡Ah! Muy bien. (Le hace á Pepe una reverencia.) (A Andrea.) Sordo, ¿eh?

ANDREA. (A Carlos.) Escandalosamente sordo. Sordera con *copete.*

CARLOS. Ya, ya oí que usted le gritaba. Voy á decirle que pase á mi despacho para reconocerle.

ANDREA No. No querrá marcharse ahora de aquí; está esperando á su novia.

CARLOS. Bueno. Entonces veremos, por de pronto, el estado g neral, y mañana, más detenidamente completaré el diagnóstico. (Se acerca á Pepe haciéndole otra reverencia, le coge la muñeca y saca el reloj).

PEPE. (¿Qué hace este hombre? ¿Si se creerá que le voy á robar el reloj y por eso me agarra?)

CARLOS. Frecuencia... intermitencia... indolencia.

PEPE. ¡Ah! Vamos, me toma el pulso. Debe ser el médico. ¡Canario!... Y yo no puedo romper el incógnito. Trataré de escurrirme.

CARLOS. (Gritándole al oído.) ¡Esto no es nada!

PEPE. (Vuelta á los gritos.)

CARLOS. (Gritando.) Pero hay que cuidarlo, porque si no está usted expuesto á quedarse algo sordo. (Andrea se ríe.)

PEPE. (¡Sordo!... ¡Ahora comprendo!... Me confundirán con Atilano.)

CARLOS. Haga usted el favor. (Le coge la cabeza entre las manos y le examina los oídos).

PEPE. (Si me descubro comprometo á Rosario. Disimulemos).

CARLOS. (Después de soplarle en los oídos). En la oreja no veo nada.

PEPE. (Pues yo tengo la mosca en la oreja.)

CARLOS. ¿Ha recibido usted algún golpe en el cráneo?

PEPE. Todavía no. (Pero me parece que no me voy sin él.)

CARLOS. (Pasándole con fuerza los dedos por detrás de la oreja y tirándole luego de la misma.) Vamos á ver. ¿Qué siente usted?

PEPE. Siento... (haber venido).

CARLOS. ¿No siente usted nada?

PEPE. Sí; siento así... como si me tirasen de la oreja. (Carlos tira muy fuerte.) ¡Ay!

CARLOS. Hay sensibilidad en el pabellón.

PEPE. (Como me dé otro tirón va á haber sensibilidad en sus narices.)

CARLOS. Dígame usted. Cuando pasa tropa por delante de su casa, ¿oye usted la música?

PEPE. No, señor.

CARLOS. ¿Absolutamente nada?

PEPE. Absolutamente nada, porque yo vivo en la Guindalera, y por allí nunca pasa tropa.

CARLOS. ¡Toma, naturalmente! Bueno, ¿y el estómago? ¿No se nota usted nada en el estómago?

PEPE. Sí, señor; salchichón.

CARLOS. Si digo algo *patológico*.

PEPE. Hombre, ¿le parece á usted poco patológico el salchichón?... ¡Ea! Ya me canso yo. No aguanto más berridos, ni más sobos, ni más interrogatorios. Me vuelvo al coche y salga el sol por Antequera. (Medio mutis.)

CARLOS. (A Andrea.) Me parece que está también algo chiflado. (Sale la Camarera por el hotel.)

ESCENA XVI

DICHOS. LA CAMARERA, luego MARTÍN.
(Pepe se detiene al ver á la Camarera.)

CAMARERA. (A Andrea.) ¿No han visto ustedes á la señorita Rosario?

ANDREA. No.

CAMARERA. Su mamá pregunta por ella.

PEPE. Pero ¿no está en su habitación?

CAMARERA. ¿Qué ha de estar? ¡Martín!... ¡Martín! (Llamando al foro.)

MARTÍN. (Entrando por el foro.) ¿Qué ocurre?

CAMARERA. ¿No ha visto usted á la señorita Rosario?

MARTÍN. Pues verá usted... hace como un rato de diez minutos que la vi marcharse por la otra puerta.

PEPE. (¡Anda, y yo aquí perdiendo tiempo!)

ANDREA. (Llamando á Pepe.) Oiga usted. (Pepe se acerca.) ¡Buena plancha, amigo! (Gritando mucho.)

PEPE. (Furioso.) ¿Quiere usted dejarme en paz, señora?

MARTÍN. ¿Por qué le chilla usted encima?

ANDREA. ¡Toma! ¿No es sordo?

MARTÍN. ¿Qué ha de ser sordo? Lo que oye éste es *demasiao*.

PEPE. (A Martín.) ¿Me esperará en el coche?
MARTÍN. Ca. Si el coche se ha ido.
PEPE. ¿Se ha ido? (Mirando al segundo término derecha.) ¡Pues es verdad! Ya decía yo que el cochero se cansaría.
ANDREA. (¿Si habré metido la pata?)

ESCENA ULTIMA

DICHOS. UN CHICO por la segunda derecha con una carta en la mano.

EL CHICO. ¿El señor don José Mínguez?
PEPE. Servidor.
ANDREA. ¿Pero no es usted Atilano?
PEPE. (Bruscamente.) A medias nada más, señora. ¡Soy Atila!... ó el *Saca-mantecas*... escoja usted.
ANDREA. (¡Qué burro!... Pero no comprendo...)
CHICO. Esta carta para usted. (Se la da.)
PEPE. (De ella, que me esperará impaciente. (La abre, muy nervioso.) ¿Dónde estará? (Mira la firma.) ¿Eh!... ¡La firma Atilano!... ¡Ay!... Presiento una desgracia... ¡ay!
ANDREA. ¿Se pone usted enfermo?
CARLOS. A ver la lengua...
PEPE. (Rechazándole.) No... no... (A Andrea.) Hágame usted el favor de leer... á mí me tiemblan las manos... las letras me bailan... (Le da la carta á Andrea.)
ANDREA. Traiga usted, hombre... ¡Calle!... ¡Si son versos!..,
PEPE. ¿Qué.. qué dice?
ANDREA. (Leyendo.)

«Mi muy respetable amigo:
Lamento no ver la cara
que pondrá usted cuando sepa
lo que contiene esta carta.
Perdóneme usted la broma
si le parece pesada,
pero me marcho muy lejos

en el coche que usted paga,
acompañando á Rosario,
que no es prudente se vaya
solita; me ha comprendido,
y va de muy buena gana.
Si piensa usted dedicarse
á robar otras muchachas,
no se fie de apariencias
que al más avispado engañan.
No soy labrador, ni sordo,
ni bruto, cual sospechaban.
Dejé hace tiempo la aldea,
y adquiriendo *guïta* y fama,
vivo en Madrid, Pez, sesenta,
donde tiene usted su casa
y un bufete de abogado.
Por si le da mucha rabia
quedarse sin novia y quiere
entablar una demanda,
su afectísimo Atilano
Rodríguez Pérez, Postdata.
La Rosarito es de *primo*
cartello. Un millón de gracias.»

¡Pues la carta es un tiro!... Y en verso para mayor ignominia.

PEPE. Pero ¿esa traidora se marcha así tan fresca?

ANDREA. Desengáñese usted, esas mujeres que tardan en decidirse...

CARLOS. Son fieras cuando se deciden.

PEPE. Esto no se queda así. Venga un caballo, una mula, un borrico... algo que corra...

ANDREA. ¿Para qué?

PEPE. Para alcanzarlos y vengarme

CARLOS. No sea usted tonto... Bromuro... un papelito cada dos horas.

ANDREA. Hay otro medio mucho más eficaz.

PEPE. ¿Cuál?

ANDREA. Pida usted á los señores (por el público)
que le den cuatro palmadas,
y Rosario vuelve á escape
por el gusto de escucharlas.

TELON

Esta obra se vende únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores,** Florín, 8, bajo, Madrid.

Precio de cada ejemplar: **Una peseta.**